



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9891

REGÍOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

SÁBADO 20 DE OCTUBRE DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—C. responsables en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubon Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramientas agrícolas

Arados, espino artificial, pulas, azadas comunes, azadas para viñas, legrones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetonas en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, muebles utilísimos y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

CUENTOS VULGARES

EL ESPEJO DELATOR.

La señorita Irene de Losanto era lindísima, habíala educado muy bien y tenía el alma muy despierta. Cuando salió del colegio y entró en el gran mundo los galanes revolviábase en su redor como moscas golosas Irene se las sacudía graciosamente, burla burlando, sin pecar de coquetuela. A decirnos verdad, hasta las mujeres la creían adorable.

Su padre era ni noble ni orgulloso, ni inútil como los pintan en las novelas. Le pareció oportuno prosperar su casa por medio del trabajo y se dedicó á los negocios de la banca. Cuéntase que su hombria de bien le perdió, y no sé qué operaciones mercantiles se llevaron toda su fortuna. Quedó en la calle como cualquier ganapan; pero en lugar de pegarse un tiro, según es uso de los folletines y dramas trágicos, desapareció honradamente de la Península y fue á buscar en América el desquite. Irene quedó confiada á una prima, no muy vieja por fortuna y sin más contra que vivir en una capital de provincia

llena de ridículas preocupaciones.

Pero Irene no perdió en el cambio: la desgracia sombrío su carácter y le iba muy bien al rostro aquel tinte de dulce y resignada melancolía; hizose un poco más seria, sin dejar de ser amable, y en breve no quedó en su corazón más amargura que la de vivir separada de su padre, el marqués. En casa de la prima se la trató con tanta delicadeza y tanto mimo que luego olvidó lo triste de la condición.

No había contribuido poco en tal empresa el hijo de la paciente, Felipe Romani, mozo gallardo y de simpática figura, que empezó por galantear á Irene y acabó por enamorarla. Si, la niña le quiso locamente, con toda la vehemencia de su carácter templado en el dolor. El, por su parte, si no la adoraba con tal arrebató de muerte, estaba decidido á hacerla feliz. Egoístas como son los enamorados, ocultaban discretamente sus amores, temiendo que el vivir bajo un mismo techo turbase su debitoso idilio y uno de los dos se viera precisado á salir de la casa.

Por esta misma libertad de verse á todas horas, de adorarse impunemente y sin obstáculos, acrecentó el amor en la doncella, hasta el punto de llevar escrupulosa cuenta y razón de los actos de su novio; mareábase por las cosas más nimias, y el mozo parecía dar pie para inquietarla, porque llevaba una marcha, si no silenciosa, por lo menos de joven alegre, revuelto y rico, decía con razón que para disimular aquel secreto compromiso convenia no hacer la vida de cartujo

Sucedió á los pocos meses que una tarde, estando de compra Irene con su tía, vió un coche de plaza, dentro del cual iban su primo y una moza. Irene sólo vió los brazos, que se apoyaban en la venta-

nilia, pero le bastó para reconocer á su amante. Cómo se puso la loca, excuso decirlo. Los celos la volaron, pero la discreción que se señoreaba de su espíritu dióle fuerzas para disimular. Felipe sólo vió un ceño más fruncido que de ordinario, y por lo mismo un rostro más adorable que nunca.

Al día siguiente entró en la habitación un billete perfumado, que transcendía á mujer. Era para su primo y si bien Irene le dió vueltas y más vueltas entre las manos, no se atrevió á violar el sobre. ¿Para qué? Ya sabía dónde guardaba él su correspondencia; en el secreter de la derecha del pupitre, cuyo mecanismo conocía. Además Felipe era bastante distraído y solía dejarlo frecuentemente abierto.

Como lo sospechó fué. Allí sobre un revoltijo de papeles, encima de todos, estaba la misiva tentadora. Irene abrió el pupitre y no tuvo necesidad de empujar el resorte. Pero vacilaba. Con el azoramiento y la inquietud de quien comete una acción incorrecta, volvió la cabeza á todas partes y quedó fría de espanto. Había olvidado aquel gran espejo que daba frente á la puerta del salón, en la luna se reflejaba, un poco encendida, la roja lumbre de un cigarro. Se acercaba su primo. Irene cerró el pupitre y salió torpe y apresuradamente, murmurando una excusa al encuentro de su primo y descubriendo que huía de él.

Felipe había visto un poco en el espejo, y adivinando lo demás, fuése al pupitre, creyó que el secreter lo había abierto su prima, escarbó... y descubrió que faltaban dos billetes de mil pesetas. Felipe turbado por las apariencias no vio allí otra mano que la de la infeliz mujer. Ató y desató conjeturas y aceptó como verosímil que estando su padre arruinado y maltrecho en América, la hija, cegada por el amor filial, había visto en el secreter del novio una providencia para

los apuros del marqués. «¿Pero por qué no se los pedía y no que... que los robaba... esa era la expresión? Todo el orgullo intransigente de raza se le rebeló. Nada dijo del descubrimiento. Esquivó á su amante, arregló sus asuntos, y por la tarde pidió permiso á su madre para ir á pasar algunos meses en la corte. Se fue sin despedirse siquiera de Irene y la primer noticia que tuvo ésta fue por la tía que excusaba á su hijo de haber tenido que partir tan arrebato. En las cartas el mozo no hablaba sino de paso y por cumplido de su prima y la pobre Irene sufrió resignada aquel desvío sin que intentara jamás... aplacarle, tanto le hirió en su dignidad de mujer y en sus sentimientos de amante. A poco el marqués que había rehecho su fortuna, vino y se llevó á Irene á América.

¿Y nada se descubrió?—preguntará con rabia alguna lectora sensible. En una novela sentimental la cosa terminaría más guapamente; pero ¡cuánto lo siento! ¡Esa pícaro realidad tiene unos gustos tan amargos! Felipe se casó á los dos años con una heredera rica, y de cuando en cuando, tendido voluptuosamente sobre una hamaca, el humo de su cigarro y el rojo fulgor de la lumbre, le traen el recuerdo de Irene haciéndole murmurar con una sonrisa pícarosca:

—¡Y yo que estuve á punto de darle mi mano y hacerla el depósito de mi honra.

Dire sin embargo, que en Irene no había culpa: en el robo de los billetes no tomó parte ningún otro mortal que el ayuda de cámara, hombre en quien Felipe tenía confianza ciega, y el cual debe que no se descubriera su crimen, sin duda, á la casualidad vil que llevó en mal hora á la celosa enamorada á husmear el secreter de su novio.

J. F. LUJÁN.

TIJERETAZOS

Habla un periódico de los primeros frios.

¿Por dónde vienen?
Aquí no podemos hablar más que de los últimos calores.

Porque se suda aun que es un primor.

La prensa granadina excita á las autoridades, á las corporaciones y á todos los granadinos á que protesten contra el abandono inculcable en que se halla el histórico templo de San Jerónimo, monumento sepulcral de Gonzalo de Córdoba y gloria de nuestra España artística.

¡Y pensar que después de toda esa efervescencia quedará abandonado e monumento!

El ayuntamiento de Cangas de Tineo ha dimitido, alegando la imposibilidad de satisfacer las reclamaciones de la delegación de Hacienda.

Con el tiempo ya le irán imitando todas las corporaciones municipales.

Por que esto no es vivir.

La policía de Tarragona ha detenido estos días á varios caballeros de industria que habían ido á aquella ciudad con propósitos de aligerar los bolsillos de cuantos es les pusieran á tiro.

Pues no están todos esos caballeros en Tarragona.

Por que también aquí aligeran los bolsillos del prógimo.

La guardia civil de Guardamar ha detenido á un hombre que había robado una cantidad de cimiente de esbol a.

Vamos, un ladrón modesto que se conforma con cualquier cosa.

Leemos:

«En Torreveja el agente ejecutivo encargado de la cobranza de cédulas personales ha cometido varios atropellos, por lo cual en aquella población están excitados los ánimos. Días ha el referido agente, acompañado de una comisión compuesta de varios individuos de orden público, atropelló á una pobre viuda, sin respeto alguno, embargándole el mobiliario propio y ajeno.

ALLAH-AKBAR.

143

Ni una sola palabra se cruzó entre aquel ejército de valientes; el reto había sido hecho con sobrada insolencia para que se departiese sobre él: todos los semblantes estaban sañudos; todos los corazones ardían, cada una de aquellas espadas estaba mal contenta en su vaina.

Pero lo que faltaba en palabras sobraba en actividad; de las almenas se pasó á las tiendas, de la vestimenta de paz al arnés de guerra

Y entre aquellos viejos guerreros endurecidos con las fatigas de los combates, un mancebo imberbe, hermoso como una dama, de mirada severa y centelleante como un león, atravesó en paso apresurado la larga distancia del real y entró en una tienda aislada.

—Frente, Nano, dijo á un soldado viejo que esperaba impaciente á la puerta; mi arnés, mi lanza y mi caballo, pronto, porque los capitanes del real se arman á porfia, y no tardarán mucho cien buenas espadas en demandar licencia á sus altezas para rescatar la Santa Aya María de las manos de ese perro fatal.

Y así era; apenas D. Fernando y D.ª Isabel habían entrado en sus tiendas, visiblemente alterados por el reto de Tarfe, cuando un tropel de capitanes, de caballeros, alferoces y demás cabos de los tercios, entraron armados hasta los dientes, pasando casi por

142 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

¡Salid, Tarfe os espera!

¡Mi lanza os conoce, villanos, y mi espada aun tiene en su filo la señal de vuestra sangre!

Calló el moro esperando la respuesta; pero ni una voz, ni un movimiento, salieron de entre los cristianos que parecían estatuas de hierro.

—¡Y si no bastan las afrentas que habeis oido, para que salgais al campo, mirad, castellanos, donde pongo el nombre de MARIA; y si algun peon ó caballero, infante ó rey, de ello ha enojo, á esperarle voy en la Vega hasta que el sol trasponga las montañas de Loja.

—Y si no bastan las afrentas que habeis oido, para que salgais al campo, mirad, castellanos, donde pongo el nombre de MARIA; y si algun peon ó caballero, infante ó rey, de ello ha enojo, á esperarle voy en la Vega hasta que el sol trasponga las montañas de Loja.

Y esto diciendo, puso el cartel del AVE MARIA en la cinta que enrollaba la cola de su caballo, revolvió el freno, y seguido de los suyos, se alejó lentamente de los reales; hasta llegar á la espesura donde Zaruyemal había dado la carta de la sultana á D. Juan Chacon, descendió del caballo, despidió á los almorávides y al trompetero, y se reclinó sobre el césped en la sombra, tendida á mano la pica y ceñido el talabarte de la adarga.

En tanto, en silencio, se hundieron como sombras tras las almenas del real de Santa Fé, reyes é infantes, damas y caballeros.



VIII

El triunfo del Ave María.

PRIMAS el sol había desvanecido las nieblas de la noche anterior, y sus rayos, lívidos aun, se tendían sobre Santa Fé, cuando un confuso rumor de pasos acelerados, de arrastres que se chocaban, y de gentes que subían á toda prisa las escaleras que conducían á los aljibes, se dejó oír por la parte que mira á Granada.

Los reyes católicos, el príncipe D. Juan, sus hermanas las infantas D.ª Juana, y D.ª Isabel de Portugal, Fray Hernando de Talavera, Pulgar, Córdoba,